

FEIJOO Y LA CRISIS DEL PENSAMIENTO POLÍTICO ESPAÑOL EN EL SIGLO XVIII

I. EL PADRE FEIJÓO Y SU TIEMPO.

Cuando en nuestros tiempos de escolar nos servía de guía y oráculo para nuestras lecturas el inventario que hizo Menéndez y Pelayo de la "ciencia española", ya advertimos con extrañeza el singular corte que las fechas de edición mostraban en nuestra literatura política hacia fines del siglo XVII y comienzos del XVIII. Aquel rico caudal del pensamiento español, que con razón enorgullecía al ilustre polígrafo, disminuía primero su volumen y se secaba después, como si durante treinta o cuarenta años se hubieran cegado las fuentes del ingenio hispánico. La lectura o la glosa de las Universidades no era ya digna, por lo visto, de cuajarse en la letra impresa, y aquellos otros escritos libres y un tanto farragosos del barroco español habían dejado de lucir la gracia de sus "empresas" o "blasones". Los pintorescos vejámenes en que se celebraba a los doctorandos y los memoriales y representaciones en que se hacen presentes a Su Majestad los males del reino son el triste resumen de la obra de las aulas y de los ingenios políticos de la época.

Nada más expresivo que la legislación sobre im-

presiones y las razones en que los reyes fundan sus decretos para seguir la curva de este descenso. Felipe IV, en 1627, ha de disponer que “se ponga particular cuidado en no dejar que se impriman libros no necesarios o convenientes, ni de materias que deban o puedan excusarse, o no importe su lectura, pues ya hay demasiada abundancia de ellos y es bien que se detenga la mano y que no salga ni ocupe lo superfluo y de que no se espere fruto y provecho común”; los libros sobran y abruman hasta sugerir esta peregrina idea de una censura de su calidad y provecho. En 1762, Carlos III ha de imaginar, por el contrario, toda clase de arbitrios para “fomentar y adelantar el comercio de los libros de estos reinos”, recurriendo, entre otras medidas extremas, a la limitación de los privilegios y al levantamiento de las tasas que regían desde los tiempos del Rey prudente (1). El testimonio de Sempere y Guarinos no puede desecharse, aun reconociendo lo que hay en él de intento de adular al monarca entonces reinante: “Luego —dice— que esta nación fuerte y gloriosa fué declinando de aquel punto de su grandeza, a que la había elevado la prudencia de sus reyes, se vió también ir eclipsando el brillo de su instrucción y literatura, de suerte que a principios de este siglo apenas le quedaba más que una confusa memoria de lo que había sido” (2).

El lector que tenga conocimiento de las polémicas en que va envuelto el estudio de Feijóo creará que con esta presentación nos afiliamos entre aquellos que re-

(1) *Novísima recopilación*, libro VIII, tít. XVI, leyes IX y sigs.

(2) Sempere y Guarinos, *Ensayo de una Biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, 1785, Imprenta Real, vol. I, pág. 2.

saltan la figura del benedictino sobre un fondo de "ignorancia, barbarie y fanatismos". Nada más lejos de nuestro ánimo. Creemos con el maestro santanderino que Feijóo no estaba solo y que España no se hallaba cuando comenzó a escribir en aquel "misérrimo estado", que ponderan los fanáticos defensores del monje gallego. Feijóo, en el mundo de los cultos, fué uno entre muchos, aunque quizá el capitán y el pionero, y en cuanto al "vulgo" ignorante y supersticioso, sobre cuya densidad se especula con el testimonio de la obra del benedictino, téngase en cuenta que si en España se prestaba fácil credulidad a falsos portentos sobrenaturales, en Francia, luz del siglo, no había inconveniente en dar estado oficial y fijar el protocolo de milagros humanos, si quien pretendía realizarlos era la testa coronada y casi divinizada de Luis XIV (3). Por lo demás, escritor tan poco sospechoso como D. Vicente la Fuente no tuvo empacho en pintar el tiempo que a Feijóo le tocó vivir como "una época de transición, decadencia y mal gusto", en que el país vivía en un estado de "atraso y postración" (4), y en nuestros días, J. M. Cossío, en polémica con las afirmaciones de Menéndez y Pelayo, cree que en definitiva hay que llegar a la conclusión de que los últimos años del siglo XVII y primeros decenios del XVIII representan "el bache más profundo de la progresión de la vida social y del adelantamiento intelectual españoles" (5).

(3) Véase, en el mismo Feijóo, *Cartas eruditas*, I, 25.

(4) En el prólogo a las *Obras escogidas del Padre Fray Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro*, 1863, en Biblioteca de Autores Españoles, vol. 56, pág. VII.

(5) J. M. Cossío, "Introducción a la lectura del Padre Feijóo", en *Escorial*, núm. 4, pág. 199. Sobre este mismo punto polemizó con Menéndez y Pelayo la Condesa de Pardo Bazán en "Feijóo y su siglo", en

Y tal es nuestra opinión. Si en rigor no puede hablarse de un "misérrimo estado" de la cultura española de la época, sí es justo señalar este prolongado "bache" que se extiende, aproximadamente, desde la segunda mitad del reinado de Carlos II hasta bien avanzado el de Felipe V. Y aceptarlo así no sólo corresponde a la apreciación de un hecho que se percibe en todos los testimonios (incluso en ese mismo inventario de Menéndez y Pelayo a que nos referíamos), sino que al mismo tiempo nos permite explicar la evolución del pensamiento político español. Por lo demás, el fenómeno tiene sobradas causas históricas para que pueda extrañarnos; más bien lo inexplicable sería que en tales fechas hubiera lucido el ingenio español. Y a quien lo dude bástele observar que el mismo Feijóo, con plena madurez de sus dotes intelectuales, vivió gran parte de ese bache histórico en recogido silencio, que no quebró hasta que las condiciones políticas se hicieron más propicias a la labor literaria y científica, a los cincuenta años de su vida. Recordemos sólo la vergonzosa ineptia de los últimos años del reinado de Carlos II, con sus historias de hechizos reales y endemoniados al servicio de los partidos, los intentos de repartir la Monarquía española, la larga Guerra de Sucesión, con perfiles de guerra civil, y hasta el cambio de dinastía que tanto había de influir en las costumbres y el espíritu de la época, abriendo una crisis de todas las valoraciones. No es azar que los ingenios más distinguidos de la época inmediata sean críticos o reformadores, sin entrar aquí a discutir el valor de las nuevas ideas que aportan. Recuérdesse a Villarroel, a Lu-

Obras completas, vol. IX ("De mi tierra"); véase, en especial, páginas 149-160.

zán, a Isla, a Feijóo mismo, y, hasta en fecha un poco tardía, a Jovellanos y Moratín.

En realidad, más que de ausencia cabría quizás hablar de silencio expectante. Y ese silencio no iba a ser infecundo para el pensamiento español. Como de una meditación en el retiro, vendrá el nuevo siglo con un riguroso examen de conciencia y un nuevo horizonte de problemas y fórmulas. Yo no digo con ello que lo que los españoles pensarán después fuera más hondo o más original; más bien tengo para mí lo contrario. Pero sí que tuvieron el valor de percibir que determinados temas habían dado ya de sí todo su jugo y volvieron los ojos hacia nuevos problemas y hacia nuevas fórmulas de entenderlos. La idea más genial puede tornarse ridícula si dos siglos se empeñan en insistir sobre ella, alambicándola, sutilizándola y haciendo toda clase de juegos malabares del pensamiento sin salir del mismo tema. Obras cada vez más flojas de fondo y de forma venían girando con tonta insistencia alrededor de las mismas ideas matrices del pensamiento español del xvi, sin añadirles un tilde de profundidad ni brillantez, ya porque el pozo hubiera perdido aquel rico venero, ya porque los canjilones estuvieran tan deteriorados que más bien perdían el agua que cargaron en la vuelta del siglo precedente. Puesto el pensamiento español en el trance de consunción o renovación, claro está que al orientarse necesariamente hacia esta última había de recibir la influencia de cuanto estaba en el ambiente como consecuencia de la nueva situación política. Esto explica el giro cada vez más acentuado hacia las ideas francesas que culmina en la explosión de principios del xix. Feijóo está en este curso del pensamiento; pero no como se le concibe ha-

bitualmente, nadando sin reservas a favor de la corriente. Es, sin duda, un pensador crucial, como correspondía a su época, un pensador que separa dos tiempos y que tiene por ello huellas del pasado y anuncios de lo venidero. Como crítico va a sacar el debe y haber para llevarlos a cuenta nueva; ésta es, desde luego, una de sus significaciones fundamentales. Pero hay otra que ordinariamente se pierde y que es aun más trascendente: Feijóo va a intentar esta renovación sin separarse de las matrices del pensamiento español. Esto es lo que le distingue de los enciclopedistas que aparecen como herederos suyos, pero que más bien le arrollaron y desvirtuaron. Y para ello hay muchas razones, aunque quizá puedan parecer ingenuas las más simples y poderosas. Feijóo, en primer lugar, no ha sido contemporáneo, sino en época muy tardía de su vida, de los genuinos enciclopedistas franceses (el cenit de Voltaire, Montesquieu y Rousseau es hacia mediados del XVIII, cuando Feijóo ha publicado ya todo su *Teatro crítico*); Feijóo no admira a Francia, más bien se previene frente a ella, para dar toda su devoción a la cultura y el pensamiento inglés (6); Feijóo,

(6) Véase Feijóo, *Cartas eruditas*, IV, 13. Es curioso advertir que esta anglofilia de Feijóo es una constante de su pensamiento que aparece ya en sus primeros escritos; así, en su *Teatro crítico*, II, 15, y, en general, en toda su obra por la reiteración de sus referencias a autores o doctrinas inglesas. Quizá sea exagerado hablar de una francofobia de Feijóo a la vista de su admiración por Descartes y otros pensadores franceses cuyo estudio recomienda (*Cartas eruditas*, II, 14), junto con el de la lengua francesa (*Cartas eruditas*, V, 25 y 26), pero es indiscutible que no vaciló en atacar con crudeza personajes e instituciones galos en términos que incluso podían despertar recelos a sus contemporáneos. Un corresponsal de Feijóo, con ocasión de una de las "cartas eruditas" en que da rienda suelta a estos sentimientos, le previene que "los franceses (residentes en Madrid) se quejan amargamente" (*Cartas eruditas* de D. Agustín de Hordeñana y del Rdo. P. Feijóo, Manuscrito de la

por último, tenía una fe sincera y la solidísima formación religiosa que sus hábitos y sus largos años de magisterio teológico permitirían suponer, si no tuviéramos el testimonio de su propia obra (7).

Por eso Feijóo no debe interesarnos sólo en el cuadro de su tiempo, sino también por lo que pueda aportar a la configuración del nuestro. Porque la época que se abre con Feijóo no es sólo la del siglo XVIII, sino también la del XIX y el XX. Si esa época ha terminado ya, es un hecho tan de nuestros días ese final de un período histórico que carecemos de perspectiva histórica para enjuiciarlo con certeza e imparcialidad. De la influencia de Feijóo en las ideas y en las reformas del siglo XVIII hablaremos después con más detenimiento, aunque creemos que no costará al lector gran trabajo aceptarlo como hipótesis provisional. Lo que sí extrañará más es esa ilación hasta nuestros días, porque estamos un poco acostumbrados a pensar los siglos como compartimientos estancos a favor de ciertos hechos históricos (guerra de la Independencia, noventa y ocho), cuya influencia desde luego no cabe desconocer. Bastará, sin embargo, hacer notar al lector la viveza apasionada con que las generaciones posteriores han reaccionado frente al benedictino, en una interminable polémica que llega hasta nuestros días, para tener por cierta esta continuidad y actualidad de su espíritu (8).

Biblioteca Nacional, sig. 1715, folios 5 vuelto y 8). Feijóo dedicó uno de sus discursos a analizar las causas de la antipatía entre franceses y españoles (*Teatro crítico*, II, 9).

(7) Véase la nota 41.

(8) Frecuentemente se ha relacionado a Feijóo con generaciones muy posteriores a su tiempo. Así, Morayta (*El Padre Feijóo y sus obras*, Sempere, Valencia, pág. 230) le encuentra notable parecido con los cons-

2. LA DIVISORIA DE DOS ÉPOCAS.

Para desengaño de errores comunes escribió Feijóo, según reza el título de cada uno de sus volúmenes. Y debemos reconocer que esta expresión llana y un poco pedestre responde efectivamente al propósito de los primeros escritos políticos de Feijóo y se mantiene a lo largo de toda su obra, incluso en las *Cartas eruditas*, como una especie de tónica general. Lo que él combate en el campo político y el cómo lo combate no discrepa gran cosa del propósito y la técnica con que arremete su empresa en otras materias. Y por esta tarea de desengañar el error aparece Feijóo vinculado al siglo precedente. Su materia son creencias políticas de ese siglo que Feijóo considera dignas de ser incluidas en ese índice de los errores comunes con que amonesta a sus contemporáneos.

Pero al mismo tiempo descubrimos en Feijóo una segunda significación que rebasa ese propósito inicial. No me refiero sólo a los escritos últimos de Feijóo en que salta de la "teórica" a la "práctica", para proponer medidas concretas de gobierno o propugnar orientaciones políticas, que muchas veces inspiraron incluso la política de los monarcas o de sus ministros, sino a ese otro matiz menos perceptible en que, rebasando su propósito de combatir y desterrar los errores co-

tituyentes de Cádiz, y Entrambasaguas (*P. Jerónimo Feijóo*, Antología, 1942, vol. I, pág. 25) insiste en el mismo juicio, que a la verdad no es muy afortunado. Pardo Bazán y Concepción Arenal lo consideran de viva actualidad en la España crítica que va desde Isabel II a la Restauración, y hombres de la generación del 98, o emparentados con ella, lo han estudiado con amor de hijos espirituales del benedictino; entre otros, Azorín y Gregorio Marañón. (Véase la nota 41.)

munes, le vemos afrontar con cierta extensión, originalidad y gracia un problema, trazando sobre las mismas líneas en que enjuicia el pasado perspectivas hacia el futuro. Necesariamente, de esta otra significación de su obra deriva que Feijóo haya de ser interpretado como el hito en que la literatura política toma una nueva dirección. Por su naturaleza crítica habrá, sí, que comprenderlo en función del pensamiento anterior que critica, pero esa misma actitud nos dice que si su obra fué eficaz (y sabemos que efectivamente lo fué), habrá que entenderla como el último capítulo de una época y el primero de la siguiente. Y ese carácter de divisoria entre dos vertientes está manifiesto en sus temas y hasta en su misma forma de tratarlos. Feijóo mismo, que tiene conciencia plena de esta naturaleza crucial de su obra, hace el epitafio de toda la literatura política precedente, proclamando su inutilidad práctica y la vacuidad de su concepción (9).

Toda la literatura política del siglo xvii y hasta parte no pequeña de la del xvi había tenido un expreso intento pedagógico. Basta hojear sus títulos o sus dedicatorias para advertir este destino de sus enseñanzas. Son libros para el príncipe o sus ministros, escritas unas veces de propio encargo para su formación, otras con un propósito oficioso y cortesano y alguna vez como un mero pretexto retórico, pero siempre fieles a lo que era una especie de canon literario de la época. Alguna vez se ha observado que falta entre estos escritores políticos del xvii, o cuando menos escasea, la obra del profesor que da forma escrita y sistemática a sus enseñanzas y la del pensador que con ma-

(9) Feijóo, *Teatro crítico*, V, 10.

yor o menor valor teórico, práctico o utópico proyecta su pensamiento sobre una realidad para determinarla. Es decir, están ausentes de esta tarea del XVII el pensamiento especulativo y el conocimiento teórico y sólo hace acto de presencia el pedagógico moral. Feijóo se cruzará en este camino señalando la vacuidad del propósito. Tales libros “hacen políticos de corrillo, no de gabinete. Sirven para hablar, no para obrar. Sólo enseñan unas reglas generales que cualquier hombre de buen entendimiento alcanza a verlas sin el libro.” Y fuera acaso (que no lo creemos así), fuera efecto del ambiente histórico, o fuera consecuencia de esta crítica de Feijóo, ya no volverá a aparecer este género en la literatura española, si no es como una curiosidad arcaizante o erudita. Feijóo ha sellado la tumba de todo un estilo literario de pensamiento político. Después de Feijóo ya no encontramos más “avisos”, “emblemas” ni “blasones”; antes bien, el pensamiento político se expresará en la nueva forma que Feijóo ha acuñado y hasta a veces con sus propios títulos: *Cartas, discursos* (10).

Feijóo con ello ha dado una nueva fórmula, sencilla en la palabra, directa y natural en el párrafo, asistemática, pero ordenada y monográfica en la composición; amena y original en la exposición, de lo que

(10) Este título de “Cartas” se hace una rúbrica común en la literatura de la época, tuvieran o no las composiciones que se cubrían con este nombre verdadero carácter epistolar. Conocidísimas son las “Cartas” de Cabarrús y Campomanes, y el mismo Jovellanos no es ajeno a esta fórmula de composición literaria, aunque a veces prefiera el equivalente más humanista, pero descentrado de la época, de la “epístola”, que también utiliza Moratín. El término “Discurso”, aunque es también una titulación característica de la época, responde otras veces, como los de “Memoria” o “Informe”, al hecho real de que el texto se escribió para ser pronunciado en alguna de las sociedades o academias del XVIII.

va a ser uno de los módulos de expresión del pensamiento político hasta nuestros días. Más claro, Feijóo ha fijado el *ensayo* como nueva forma literaria de expresión política. Quien recuerde el estilo neo-escolástico de nuestros teólogos del Siglo de Oro y la fórmula barroca del xvii advertirá el profundo giro que Feijóo ha impreso en la composición del pensamiento político. Con ello ha acuñado una de las formas de estilo que son hoy todavía canon del pensamiento. La otra, habitual en nuestros días a lo que se denomina pensamiento científico, el sistema, aunque tiene ya su clave en los tratados *de iustitia et iure* de nuestros clásicos, va también a revivir en ese siglo xviii, "crítico, sistemático y fenoménico". El ejemplo más característico es la obra de Pérez Valiente, admirador de Feijóo (11), que pensó escribir un "Teatro político" y acabó ordenando sus ideas en un "Apparatus", en un sistema.

Pero no sólo importa para comprender este carácter crucial de Feijóo esta nueva fórmula de composición del pensamiento, sino el balance de temas con que el benedictino va separando las dos épocas. Como decíamos, hay en él la huella del pasado y el anuncio de lo venidero. Del pasado hay en él, por ejemplo, el tema de Maquiavelo. Y lo recogemos especialmente como ejemplo por lo que tiene de significativo para esta interpretación el que su juicio sea el definitivo cierre de un problema. Y esto es así, no porque lo agote con la profundidad y extensión de su estudio (ni siquiera, según nos confiesa, ha leído el original), sino sencilla-

(11) Pérez Valiente, *Apparatus iuris publici hispanici*, 1751, véase el prólogo.

mente porque le da el espíritu de un tiempo nuevo, des-
 haciéndolo al darle una proporción humana que lo deja
 inhábil para ser tratado en muchas decenas de años.
 Otras veces, Feijóo da a los problemas una dimensión
 nueva que transforma totalmente sus términos. Tal,
 por ejemplo, el tema de la tiranía que se enlaza a la
 discusión del heroísmo y del príncipe conquistador.

Junto a éstos aparecen ya los temas genuinos de
 la nueva época y en éstos sorprende la actualidad de
 su pensamiento. Esos temas son todavía nuestros te-
 mas. Basta simplemente enumerarlos. Uno de ellos,
 imperialismo y pacifismo; otro, tomado del siglo anté-
 rior (de Saavedra), pero transformado y vuelto pro-
 féticamente hacia el futuro, nacionalismo. Y si éstos
 no bastan, cuéntense sus temas políticos económicos (la
 ley agraria del XVIII, la desamortización del XIX, la
 reforma agraria del XX) y su polémica en pro del enal-
 tecimiento del trabajo. Y un último, central en toda su
 obra: decadencia de España.

He aquí algunos de los temas que Feijóo pone en
 circulación para dos siglos. Ya no nos extrañará la
 viveza apasionada con que se le discute y nos será fá-
 cil aceptar esa actualidad de su pensamiento.

3. LA RAZÓN CRÍTICA.

El pensamiento político de Feijóo representa una
 manera propia enteramente vinculada a su idiosincra-
 sia personal y al carácter de toda su obra. Habrá quizá
 fragmentos en que rinda tributo a los cánones de la
 literatura política de los siglos precedentes, pero su in-
 tención dominante está vinculada a la tarea que anun-

cia el título de su obra más conocida: *Teatro crítico universal*, crítica varia que salta de unos a otros campos del saber, que entra y sale en todos los temas sin un método riguroso, pero con un propósito claro. Ahora bien, lo que nos interesa en esta manera de hacer, desde un punto de vista histórico y para explicar el viento polémico que levantaron sus escritos, no es esta varia y casi caprichosa selección de temas, que responde todavía en mucho al espíritu del barroco (sobre todo en los títulos de sus primeros discursos, apretados como “empresas” o “lemas”), sino el espíritu crítico de depuración y liquidación de que están animados.

Si valoración es crítica, es claro que la crítica política era género no ya conocido, sino corriente en el pensamiento político español. Por su misma tendencia ética estudiaba cada institución dándonos su medida desde un horizonte de valoraciones trascendentales y en el mismo campo de la política histórica, en la valoración de hechos o de instituciones concretas, toda una escuela que tiene por maestros a Quevedo y Gracián había trazado con pluma llena de ironía, y a veces hasta de sarcasmo, un camino real para la crítica, abierto con el hacha y el fuego de la sátira. En cierto sentido podría parecer que Feijóo se limita a recorrer este mismo camino, pero en su estilo mismo advertimos ya que hay algo nuevo y trascendente. Aun siendo, como se ha observado (12), una de sus fun-

(12) Concepción Arenal (“Juicio crítico de las obras de Feijóo”, en *Revista de España*, tomo LV, 1877, pág. 115) enjuicia muy agudamente el estilo del benedictino: “En los escritos como en las personas —dice— hay diferentes géneros de belleza; la del estilo de Feijóo viene principalmente de la energía, y no es que le falte gracia, pompa y galanura, no; es abundante y armonioso; pero su carácter distintivo es la fuerza:

damentales características el vigor dialéctico, tiene un no sé qué de enseñanza, de corrección y doctrina que le separa netamente de la acritud burlona de la sátira.

Y es que Feijóo está realizando un nuevo estilo de pensamiento político: la crítica. Estilo en cierta manera coherente con su idiosincrasia de hombre estudioso y retirado de la vida activa, de espectador reflexivo del pensamiento y el obrar ajenos, y con el carácter de su tiempo, abrasado con la fiebre de liquidación y renovación que entrañaba el cambio dinástico. A ello se unen una serie de circunstancias que permiten transformar la sátira, que era un juego audaz con lo ilícito, en crítica como función pública aprobada. Circunstancias, unas personales, como su prestigio creciente, y el afecto de la familia real, que le permiten dar a su voz inflexiones de consejo o de magisterio que corrige o advierte errores; otras políticas, el cambio mismo de dinastía, que permite destacar los vicios de la vida española de los siglos anteriores y hasta los del presente, si en cierta manera se pueden considerar como consecuencias de la etapa que le precedió.

Feijóo mismo nos dice que esta crítica es novedad de su tiempo. "Cincuenta años ha, y aun menos, que ni aun en las más cultas asambleas se oían las voces de crítica, sistema, fenómeno, y hoy están atestados los pueblos de críticos, sistemáticos y fenoménicos." Pero novedad extendida con tanta bulla y profusión que la España del 1740 está ya "hirviendo de críticos" y "desdichada la madre que no tiene algún hijo crítico". El racionalismo bajo esta fórmula de la razón

cortado, conciso, sentencioso, pone en relieve el pensamiento con los claroscuros de la espontánea antítesis, medio eficaz de persuasión..." De persuasión, esto es, de consejo o enseñanza.

censora del rigor, discriminadora de la verdad, implacable disecadora de toda ingenuidad o espontaneidad emocional que se aparte de sus severos cánones, se ha abierto amplio camino del brazo de esa otra fórmula de la razón unificadora que es el sistema. Los españoles, con Feijóo, han abandonado la divagación imaginativa y sensitiva del barroco para hacerse sistemáticos y críticos, y hasta han adquirido el gusto por esa otra racionalidad positiva de los hechos, haciéndose "fenoménicos", como dice con cierta gracia Feijóo (13).

Con tanta prisa se han hecho críticos, que ni aun han tenido tiempo para entender lo que la crítica sea. Un corresponsal del P. Feijóo interesa de éste una aclaración sobre este tema, pues a muchos oyó hablar del arte crítico y de reglas críticas, y preguntando a los tales qué arte o reglas eran ésas, no hubo uno que le satisficiera en esta cuestión. Feijóo recuerda a su corresponsal que es moda hablar cada uno de lo que no entiende. Pero, al parecer, no era tan fácil de entender ese arte, pues Feijóo mismo empieza confesándonos que, si se habla con propiedad, no hay arte crítica ni reglas de ese arte.

Burla burlando, nos da Feijóo unas cuantas ideas de lo que entiende por crítica y de las condiciones con que se ha de realizar. La crítica es "juicio recto de lo que se debe afirmar, negar o dudar en una materia", y como tal no depende de reglas, sino de un buen uso de la *razón natural* y el entendimiento. No es la crítica, sino el crítico, lo que interesa al P. Feijóo. Con las solas reglas de la crítica no habrá buen crítico; no porque esas reglas en sí no sean justas e idóneas,

(13) *Cartas eruditas*, II, 18.

sino porque no son otras que las que naturalmente percibe todo mediano entendimiento. Si falta el ingenio, aun sabidas las reglas de la crítica, se ceñirán o se extenderán indebidamente. Nunca dará los puntos justos o afinados "quien no tuviere aquella perspicacia nativa que yo llamo tino intelectual, por más presentes que tenga en la memoria las reglas de la crítica".

Pero las prendas intelectuales, ese tino y sano entendimiento que se apoya simplemente en la *razón natural*, no son bastantes para formar el crítico. Hacen falta también prendas morales de la voluntad. Y entre ellas, dos que interesan sobre todo a Feijóo y que nos ayudan a comprender su temperamento: sinceridad y magnanimidad. Por la primera el escritor ha de escribir lo que siente, aunque hiera o contradiga la opinión de su patria, partido o comunidad; por la segunda ha de desafiar la opinión del vulgo, no temiendo estrellarse en polémicas y censuras de los que apoyan las opiniones comunes.

Estas dos cualificaciones no están por un azar cerrando lo que Feijóo pensaba de la crítica, sino que son como el coronamiento y síntesis de lo que el benedictino aprendió en la experiencia de su vida. En ellas se trasluce un amargado filo defensivo, que es casi como una confesión general al fin de su obra. Que el crítico escriba lo que siente, aunque contradiga la opinión de su patria, partido o comunidad; que desafíe la opinión del vulgo sin temer estrellarse en las polémicas y censuras de los que apoyan las opiniones comunes. Esto lo pudo escribir Feijóo en cabeza de su obra, y efectivamente lo escribió (14), y fué entonces

(14) *Teatro crítico*, I, 1.

algo así como un programa o una intención; pero también lo pudo escribir, y también efectivamente lo hizo, al fin de su carrera, y entonces no sólo expresa la fidelidad a aquel propósito, sino el balance melancólico de una vida. La crítica, y Feijóo advierte claramente que con estas cualificaciones está casi haciendo su biografía y su excusa, debe poseer estas dos cualidades, porque sólo así puede cumplir su misión cultural, social y nacional. Que no es otra que sacudir la inercia del error y arrancar su cizaña, aunque tenga hincadas sus raíces no sólo en la temible opinión del vulgo, sino en la tierra obcecada de los intereses de partido, comunidad o patria. Nada vale la rectitud del juicio, que es su base intelectual, si no va acompañada de esta pureza de intención y del valor casi heroico que es preciso para conservarla.

4. EL MITO Y LA RAZÓN CRÍTICA POLÍTICA.

La crítica está así concebida como una ciencia práctica a la que imprime carácter su intención operante, su voluntad de producir un efecto. Y como una ciencia podríamos decir radicalmente política, en cuanto tiende a remover el espíritu de un pueblo, a formar o a reformar una opinión con un tono polémico. No es preciso que sus objetos sean definitivamente políticos; ella en sí misma tiene este carácter en cuanto proyecta su acción sobre un orden cuyos fundamentos espirituales ataca o defiende. No queremos ni podemos precisar en este momento la eficacia real que desde este punto de vista tuvo la obra de Feijóo; pero ella, de sí misma, nos muestra la fuerza penetrante y la agu-

deza polémica con que debió actuar en el siglo XVIII español.

Feijóo no era ni podía ser en manera alguna un teórico de la política. Si hay algo que Feijóo aborrece, es la pura especulación teórica en cualquier ciencia que esté encaminada a regir la conducta humana. Las palabras con que anteriormente le hemos visto enjuiciar una ciencia de la crítica no son un juicio particular, sino una sentencia universal que reitera ante todo intento de regulación casuística de la conducta humana. Un entendimiento y una voluntad sana son bastantes a descubrir los principios fundamentales de la conducta en cualquier forma de actividad práctica. Y en la política no sólo no aprovecha el conocimiento teórico, sino que más bien daña; el hombre que es capaz de ejecutar con destreza las ideas propias sólo se hace más pesado con la carga de las ajenas. Si hay una ciencia que "hace alguna figura en la teórica, es inútil para la práctica". Los romanos conquistaron el mundo sin libros y lo perdieron después que los tuvieron. "Los libros —concluye— que de intento tratan de política, y proceden por conclusiones, empresas o aforismos, sólo enseñan unas reglas generales que o cualquier hombre de buen entendimiento alcanza sin verlas en el libro, o admiten tantas limitaciones en los casos particulares que, dadas en aquella generalidad, vienen a ser absolutamente inútiles" (15).

Y, sin embargo, Feijóo, sin entretenerse en fijar esos principios que da por presupuestos como contenido de la razón natural, va a hacer ciencia práctica de la política; pero no una casuística, sino una ciencia

(15) *Teatro crítico*, V, 10.

crítica. Esta intención no es otra que la que Feijóo reconoció que daba carácter y unidad a toda su obra. "El objeto formal será siempre el mismo; los materiales han de ser muy diversos", decía el ilustre benedictino en el prólogo de su primer volumen. Y ese objeto fôrmal es la empresa crítica un poco quijotesca de deshacer errores, herir aberraciones y denunciar supersticiones en todos los campos del saber y el obrar humano, medidos con la tabla de la razón.

Quien se tome la molestia de recorrer los títulos de los varios discursos y cartas de Feijóo advertirá la insistencia tópica del benedictino en una especie de temas. La astrología, los duendes, las artes divinatorias, la magia, los "saludadores", las fábulas y los falsos milagros, los sátiros y la alquimia, los tesoros escondidos y hasta la taumaturgia monárquica de la época, todos los elementos de creencia irracional con que los hombres rellenan los huecos de su saber del mundo y satisfacen su necesidad de ilusión y esperanza preternatural son combatidos sañudamente por Feijóo con el soplo helado de la razón. Feijóo lució en esta tarea un ingenio verdaderamente notable y fué ésta una de las causas a que debe la celebridad entre sus contemporáneos. Es, si se quiere, un don a la larga triste, pero, sin embargo, curioso y casi apasionante; por lo menos, tal fué el juicio de quienes convivieron con el benedictino. Feijóo parece poseer una varita mágica cuyo sortilegio estuviera invertido, para hacer familiar y sencillo todo lo extraño y maravilloso. En él mismo esta tarea de explicar llegó a ser un hábito del que tenemos las más curiosas confidencias; así, la de aquel fantasma nocturno que persiguió hasta descubrir que era su propia sombra, o la de las arañas de San Benito, que se

detenían al oír invocar al Patrón de su Orden, pero que él pudo comprobar que detenían su marcha simplemente conmovidas por cualquier grito de la voz humana.

Claro está que estas trivialidades fueron simples pasatiempos, pero son muy significativos para entender el carácter de la obra y del autor. Porque fué esta misma técnica de observación y de reducción de lo aparentemente maravilloso a procesos racionales la que Feijóo empleó también en sus más empeñadas empresas de desenmascaramiento de falsos milagros o falsos portentos. Con ello Feijóo quiere aclarar ese extraño mundo de supersticiones, hechizos y fábulas con que se cierra el siglo xvii. ¿Y quién se atreverá a discutir la razón y hasta la justicia que le acompaña en este impulso? ¿Pero quién no percibirá también la significación dieciochesca y racionalista que revela la constancia de este propósito?

Cuando Feijóo se vuelve con esta actitud a temas políticos, es fácil prever las consecuencias. El "mito" es la superstición y la milagrería política, la creencia irracional con que los hombres llenan los huecos de su saber. Contra el mito político se revolverá Feijóo con su crítica implacable y a veces hasta destemplada, para volver a poner las cosas en su sitio y restablecer la claridad de la razón (16). Puesto que el mito es cá-

(16) Marañón (*Las ideas biológicas del Padre Feijóo*, 1934) ha advertido y subrayado esta acción de la razón contra el mito en la obra del Padre Feijóo, pero la interpreta torcidamente. El hecho le sugiere un expresivo título para su capítulo VII, "La razón contra la milagrería y contra los mitos sociales", pero bajo ésta se limita a exponer una miscelánea anecdótica de las polémicas de Feijóo contra los falsos portentos. En el capítulo XXXII vuelve a insistir sobre el tema, pero desenfoca el problema al marcar sólo la acción revolucionaria que

lido y apasionado, su crítica será fría y racional; por eso a veces su palabra parece un soplo helado, como cuando analiza y congela el sentimiento nacional. Puesto que el mito es popular y mayoritario, error que nace en la "gran turba de los necios", en el "vulgo"; su crítica estará con la razón de pocos, con "el águila sola que ve mejor el sol que el ejército de lechuzas". Por eso a veces Feijóo nos parece soberbio, demasiado henchido de desprecio, queriendo volar demasiado solo y demasiado cerca del sol.

Muchas veces nos sentimos tentados a creer, por la energía y conciencia con que los mitos políticos aparecen en nuestro tiempo, donde han adquirido el carácter de creaciones políticas deliberadas, casi de "mitos racionales" constituídos reflexivamente a través de la propaganda, que sea el mito un volumen político exclusivamente actual. En realidad, todas las épocas han tenido sus mitos y en ellos se han apoyado casi todos los movimientos políticos eficaces y las instituciones duraderas. Pero dentro de esta constante universal ha habido épocas más propicias al mito que le ofrecían su campo roturado y abonado para aceptar la simiente de cualquier creencia irracional. Y ninguna entre ellas como el barroco, prendido en un mundo de imágenes y metáforas que con su riqueza plástica herían la imaginación a través de los sentidos. Delante de cada idea

el mito puede realizar y no la acción conservadora que normalmente cumple. Con ello se pierde, y casi se invierte, la percepción de la acción política que cabe atribuir a este aspecto de la obra del benedictino. Si el mito es revolucionario, Feijóo, combatiendo mitos, aparecería como un conservador; el juicio contrario es tan común que no vale la pena de discutir esta hipótesis. Los mitos nuevos son revolucionarios, pero los que se han asentado con un orden cooperan a su conservación; la revolucionaria en este segundo caso es más bien la crítica que los destruye.

se había colocado una imagen, cada razonamiento se había embebido en una figura, cada nombre se había transformado en un símbolo y cada símbolo había sido exaltado por la imaginación a una significación trascendente. ¡Qué campo se abría ante aquel Quijote de la razón!...

El mayor caudal de lo que Feijóo llama errores comunes son estos mitos contra los que ha de enfiar su lanza. Crecen en la credulidad popular con el fuego de las pasiones y el soplo de la imaginación. Esa credulidad fácil del vulgo, su curiosidad por lo prodigioso y su parcialidad nacional es el campo propicio de toda revelación milagrosa. Es el vulgo —dice Feijóo— patria de todas las quimeras (17). No hay monstruo que en el caos confuso de sus ideas no halle semilla para nacer y alimento para durar. El sueño de un individuo se hace fácilmente delirio de toda una región. Sobre el eco de una voz mal entendida se fabrica en breve tiempo una historia portentosa. Una falsa apariencia, si la toca el fuego de las pasiones y la aviva la imaginación, puede bastar para formarlos. Porque la imaginación “es una potencia potentísima en nosotros. Siendo tanta la fuerza que experimentamos en nuestras pasiones, por lo común vienen éstas a ser como inválidas si no las anima el influjo de la imaginativa... Ella, según las representaciones que da a los objetos, hace que los ojos viertan lágrimas, que el pecho exhale gemidos, que el cuerpo se resuelva en sudores, que la cólera avive sus llamas, que la sangre acelere sus círculos, que el corazón padezca sus deliquios, el cerebro frenesíes, las venas o arterias rompimientos, los ner-

(17) *Teatro crítico*, III, 5 y 6.

vios mortíferas convulsiones..." (18). Casi en vano lucha la razón contra esta "violenta intrusión de los derechos del entendimiento", porque al vulgo halágame lo admirable, no lo verdadero, y una vez preocupado de esas creaciones de su propia imaginación suele estar ciego y sordo para las verdades más patentes.

A Feijóo no le arredra la dificultad del empeño y uno tras otro va ensartando esos mitos en su lanza. Cuando Feijóo los sorprende los fija con seguro diagnóstico. Son falsos dioses, deidades imaginarias a las que los hombres rinden un culto injusto. Pero Feijóo no ha advertido al combatir la imaginación, las pasiones y la credulidad popular en el orden político, la trascendente consecuencia que esta labor crítica podía realizar. Porque haya un duende o un alquimista de más o de menos, no se quiebra el mundo; pero el que a la vida política se la desnude de su manto heroico, o a los monarcas de su hálito sobrenatural, o a las naciones del amor apasionado de los hombres, sí puede transformarlo. La vida política, aun en la progresiva racionalización de nuestro tiempo, vive sólo en un margen muy limitado de razón. Son las creencias y las pasiones quienes le dan densidad y solidez histórica, y quien cree deshacer un mito y alumbrar la verdad, muchas veces sólo conmueve el orden para sacar a luz en un parto accidentado una nueva creencia irracional. Los mitos políticos pueden ser revolucionarios, pero son también conservadores del orden social. Cuando menos, son soportes auxiliares de un orden y éste se resquebraja a medida que cede la adhesión popular a aquellas creencias en que se apoya. Quien destruye la

(18) *Cartas eruditas*, IV, 8.

quimera está en peligro de destruir también las instituciones que aquélla protege. Siempre conservan algo de su verdad aquellas duras palabras de Hobbes: "En un Estado donde han tenido acogida general doctrinas falsas, las verdades contrarias pueden ser generalmente nocivas."

5. EL MITO DE MAQUIAVELO Y LA NATURALEZA
DEMONÍACA DEL PODER.

Maquiavelo es el primer tema político que aparece esbozado en las páginas del *Teatro crítico universal*. Ahí estaba abierto a la curiosidad de Feijóo, como una primera inquietud que era una de esas cuestiones vulgares en las que todos opinan, en una palabra, como un "error común" que era preciso desengañar, y casi podríamos decir como el primero de los errores comunes políticos. Pero, en realidad, no es un error, sino dos, lo que el benedictino combate. El primero es el maquiavelismo en sí mismo, que todos abominan y todos siguen, la "razón de estado", deidad vana, mito; el segundo es el mito de Maquiavelo, príncipe del mal, cuando "la práctica del mundo no se tomó de la doctrina de Maquiavelo, antes la doctrina de Maquiavelo se tomó de la práctica del mundo" (19).

Con respecto al primer tema sigue Feijóo la corriente tradicional española, a la que tantas veces le hemos de ver vinculado, pero con una específica origi-

(19) Sobre este tema véanse fundamentalmente los discursos "La política más fina" y "Maquiavelismo de los antiguos" (*Teatro crítico*, I, 4, y V, 11).

nalidad. Frente a esta razón de Estado, Feijóo nos va a mostrar por vez primera una reacción que no sólo corresponde a todo el sentido de su obra, sino que viene a ser una especie de técnica, y casi más que técnica, una fórmula con que se enfrenta a toda una especie de temas políticos. No sólo es falsa y vacua la llamada razón de Estado, sino que el sentido llano y racional de Feijóo tampoco hace de ella la estimación demoníaca con que Rivadeneira, llamándola “razón de Satanás”, la había dado casi la proporción de un mito de maniqueísmo político. Para el benedictino es “sólo un fantasma ridículo o ídolo vano, que con nombre de deidad se da a adorar al ignorante vulgo”.

Pero donde se nos manifiesta ya el Feijóo genuino, en el que los temas cobran matices nuevos, es en esa segunda posición del problema a que nos hemos referido. Es cierto que Maquiavelo, enseñando lo que enseña, peca contra la razón y la justicia; pero no es siquiera un gran pecador, un príncipe del mal que sembrara la ciencia de la tiranía y la política mendaz entre los hombres. El buen benedictino nos confiesa que no puede tener la risa cuando oye tales discursos a hombres que han tenido bastante enseñanza para razonar con más exactitud.

“El maquiavelismo —dice Feijóo— debe su primera existencia a los más antiguos príncipes del mundo, y a Maquiavelo sólo el nombre. Su raíz está en nuestra naturaleza y no ha menester siglos, momentos le bastan para explicar su maligna fecundidad como se presente la ocasión. Ni más ni menos que es natural al hombre la pasión de dominar, lo es también la de amplificar la dominación. El ambicioso que asciende al principado no por eso siente saciada su ambición. Siem-

pre desea hacer mayor el mando, ya en extensión respecto de los súbditos ajenos, ya en intensidad (Feijóo dice "intensión") respecto de los propios". El giro es tan original como sustancioso. Porque advierta el lector que en este párrafo, que Feijóo documenta a lo largo de todo un discurso con ejemplos históricos, lo que se niega es la maldad genial de Maquiavelo, pero no la existencia de la pasión misma en que el maquiavelismo se apoya. Al contrario, ese destronamiento del Maquiavelo satánico está fundado en la vulgaridad de las máximas y pasiones cuya difusión e impulso se le atribuye. Esto que llaman política refinada —dice Feijóo en otro lugar— "no es más que una escoria de la política, una producción de ingenios groseros que no pasan de la superficie de las cosas".

Hay un maquiavelismo, pero éste es pura y simplemente una pasión común de la naturaleza humana: la pasión de dominar y la de amplificar la dominación. El buen sentido de Feijóo nos muestra aquí su realismo cristiano. Hay pasiones en la naturaleza del hombre que muestran "su maligna fecundidad como se presente la ocasión". La naturaleza humana y la ocasión forjan las tentaciones. ¡Y qué tremenda tentación, qué ocasión para desbordar las pasiones de nuestra naturaleza es el poder! De ocasión próxima de pecar (inculpable, si lo es por necesidad) califica Feijóo su detentación, recordando la casuística de sus licencias de confesor. Y refuerza su juicio, rememorando aquella sentencia, que con razón llama terrible de San Juan Crisóstomo: "Imposible me parece que ninguno de los que gobiernan se salven" (20).

(20) *Teatro crítico*, III, 11.

Con ello, Feijóo cierra el tema de Maquiavelo en la literatura política española; en el sentido literal del término, porque después de él no vuelve a producirse ninguna obra en que se estudie este problema. Primero ha deshecho el "ídolo vano" de la razón de Estado, trazando un paralelo de política y política, en la misma dimensión humana de su éxito temporal; después se ha cruzado en el camino de la grandeza satánica de Maquiavelo, comprendiendo el maquiavelismo como pasión humana que encuentra su ocasión. Y no sólo hay que destacar la sorprendente originalidad de esta tesis, pese a su sencilla apariencia, sino mostrar cómo se desvela con ella una nueva y más legítima sugestión: la naturaleza demoníaca del poder. Demoníaca en el más genuino sentido, en cuanto el ejercicio del poder, "ocasión próxima de pecar", es campo propicio del Tentador.

6. EL HÉROE Y EL PRÍNCIPE CONQUISTADOR.

De esta consideración del maquiavelismo va a extraer Feijóo una de sus doctrinas más discutidas: la condenación del príncipe conquistador (21). El eje de esta nueva tesis de Feijóo es la relación entre maquiavelismo y tiranía, de acuerdo con la corriente tradicional española que había considerado el maquiavelis-

(21) Sobre este tema véanse fundamentalmente el discurso "La ambición en el solio" (III, 12) y dos de sus cartas eruditas: "Paralelo de Carlos XII y Alejandro Magno" y "Paralelo de Luis XIV y Pedro I" (I, 20, y III, 19). Como aclaración a esta última carta puede verse la correspondencia de Feijóo con D. Agustín de Hordeñana, que se conserva en manuscrito en la Biblioteca Nacional (sig. 1715).

mo como una corrupción del poder. Y no es un acaso que Feijóo combata esta tiranía proponiendo un sumario de máximas para la educación del príncipe, que podríamos decir que es también el último estudio español sobre este tema. Aquí Feijóo aparece también vinculado al pensamiento que le ha precedido.

Pero inmediatamente descubrimos el sello personal de Feijóo con la sugestión de un nuevo tema. Si arremete contra la tiranía, es porque ésta se vela en un "error común" más, con dimensiones de mito político: el del príncipe conquistador, a quien el mundo da "el más injusto culto", príncipe a quien, aun el que no lo adora como deidad lo celebra como héroe. La ambición de poder, tentación demoníaca del solio, pasión maquiavélica de la naturaleza humana, puede engendrar una doble corrupción. Una es la tiranía propiamente dicha, ambición de poder que se expande sobre los propios súbditos, "atando con más pesadas cadenas la libertad..., transfiriendo el vasallaje a esclavitud"; Feijóo la condena y desprecia, pero como de paso, porque es una conducta vil y viciosa que igualmente condena y desprecia el común de los hombres, y que, por consiguiente, carece de toda falsa seducción mítica. Pero otra es la ambición de poder del príncipe conquistador, tiranía sobre los vecinos, que fácilmente, sin embargo, carga sobre los propios, nos advierte Feijóo, "pues en los excesivos tributos se malogran las haciendas y en las porfiadas guerras las vidas". Y en ésta fulmina Feijóo su condenación, destemplada en la palabra, acre y sin piedad en la intención, porque es en esta tiranía del príncipe conquistador, falseada por la gloria, donde el benedictino ve brillar el res-

plandor del mito. El tirano es sólo tirano; el conquistador injusto puede pasar por héroe.

Los héroes verdaderos —dice Feijóo— son hechuras de la virtud, y así se deben rechazar como contrahechos o adulterinos cuantos se fabrican en la oficina de la ambición. Hombre grande y malo es contradicción manifiesta. En este caso Feijóo no contiene las ganas de reír, como frecuentemente nos refiere qué ha de hacer ante los errores vulgares. Más bien parece que a duras penas logra contener la expansión de su ira. Sus expresiones, de dureza creciente, rebasan todo límite: "... esos grandes héroes que pregona con clarines la fama, nada más fueron que unos malhechores de alta guía. Si yo me pusiese a escribir un catálogo de los ladrones famosos que hubo en el mundo, en primer lugar pondría a Alejandro Magno y a Julio César."

Para ayudar al lector a formar su juicio hay que recordar en relación con estos discutidos pasajes dos hechos indudables. Primero, que con ello no hace Feijóo sino desenvolver, sin duda en una nueva y original posición, las relaciones entre tiranía y maquiavelismo, que había venido a ser un patrimonio del pensamiento político español; segundo, que estos pasajes están, no ya inspirados, sino casi podríamos decir traducidos de San Agustín. Unas líneas más abajo reproduce Feijóo una famosa anécdota, referida por el santo que autentifica esta relación, la del pirata que impugnó a Alejandro, para obtener su gracia, una pura diferencia cuantitativa entre sus respectivas hazañas; tres páginas después aparece ya el Obispo de Hipona citado por su nombre. ¿Y quién no identificara como

agustiniana la expresión "gavilla de ladrones" aplicada por Feijóo al Imperio romano? (22).

Ello no nos releva, sin embargo, de marcar lo que tiene de específico esta posición. Incluso desde el punto de vista histórico de lo que Feijóo debió a su tiempo y de lo que éste le adeudó a él. Ya aquella lamentación de que "los excesivos tributos malogran las haciendas y las porfiadas guerras las vidas" parece escrita pensando en el agotamiento español, no sólo por las guerras de la Casa de Austria, sino también por las del primer monarca de la Casa de Borbón. Con seguridad puede afirmarse que Feijóo tenía presente una intención de paz para España al redactar este discurso (23). Pero hay otro matiz que resulta más simpático destacar. En el filo de esa distinción entre el verdadero héroe y el tirano ambicioso va construyendo Feijóo paralelos históricos prácticos a lo largo de sus *Cartas eruditas*. Luis XIV se ve así enhebrado en esta condena de los falsos héroes, "azotes de Dios", "pestes de sus reinos", "astros malignos", "enemigos de todos los hombres". La consecuencia se establece con veinte años de plazo, pero uno se siente tentado a pensar si no sería el Rey Sol, cuya ambición había padecido Feijóo como español, el modelo original sobre el que se trazó la imagen de los injustos principios conquistadores. Soto Marne, con la más enconada intención, así lo insinúa ante Fernando VI.

(22) San Agustín, *De civitate Dei*, IV, 4 y 6.

(23) Así se deduce de la correspondencia de Feijóo con D. Agustín de Hordeñana a que nos hemos referido anteriormente, en nota. (Véase la nota 41.)

7. EL MITO CARISMÁTICO DEL ABSOLUTISMO.

En el mismo discurso en que condena la exaltación del príncipe conquistador aborda Feijóo el motivo tradicional de la educación del príncipe. Las máximas que han de informar esta educación están tomadas del acervo del pensamiento español; son en su sustancia la quintaesencia de esa amonestación cristiana para príncipes que toda una escuela española había opuesto a las doctrinas europeas del maquiavelismo y la soberanía ilimitada. Pero si se analiza punto por punto el catálogo de máximas que Feijóo nos ofrece, se advierte en su detalle y en su conjunto una característica digna de destacarse. Feijóo parece especialmente preocupado de convencer a los príncipes de lo que no en balde figura como primera de sus máximas: que el rey es hombre como los demás, hijo del mismo Padre común, igual por naturaleza y sólo desigual por la fortuna. Este principio, junto con la inevitable reiteración de la falsa gloria del príncipe conquistador y una hermosa insistencia sobre la dependencia del rey para con Dios que le obliga a los deberes de su oficio, es el motivo central que norma esta educación política de los príncipes.

Feijóo quiere con esta educación prevenir en el príncipe las tentaciones de la ambición. Pero junto a este propósito expreso, e íntimamente vinculado a él, se adelanta a un primer término otra intención, tan conforme con la psicología de Feijóo y hasta con el carácter de toda su obra que no puede atribuirse al acaso. Si Feijóo insiste en que el rey es hombre como los demás, igual por naturaleza y sólo desigual por la

fortuna, es porque quiere despojar a los reyes de todo el hálito sobrenatural que la literatura del absolutismo y la soberanía había proyectado sobre la humanidad de los monarcas. Feijóo, en el estudio de la ambición como pecado del poder, ha tropezado con otro mito más: el "soberano", dios de la tierra. Expresamente nos lo recuerda al condenar entre las representaciones que los ministros aduladores hacen a sus príncipes aquellas que afirman: "Que las leyes y costumbres son limitativos indignos de la soberanía; que un monarca tanto se hace más expectable cuanto reina más absoluto; que la medida justa de la autoridad real es la voluntad del rey; que tanta mayor exaltación logra el solio cuanto a mayor profundidad se ve abatido el pueblo; que, en fin, un rey es deidad de la tierra, y tanto esfuerzan esta máxima que cuanto es de su parte procuran olvidarle que hay otra deidad en el cielo" (24). Y en otro lugar condena a Hobbes con estas palabras: hombre "que quiso quitar la deidad al Rey del cielo para constituir deidades los reyes de la tierra" (25).

A la caza de mitos políticos del xvii hubiera sido difícil que Feijóo no se hubiera tropezado con esta divinización de la realeza que acompañó a la doctrina de la soberanía de raíz protestante. Pero el tema esbozado nada más en las líneas que hemos recogido gana toda su intensidad en una de las Cartas eruditas de título pintoresco. Aquella en que diserta sobre la virtud

(24) Véanse sobre este tema el mismo discurso a que nos hemos referido anteriormente ("La ambición en el solio", *Teatro crítico*, III, 12) y la carta erudita "Sobre la virtud curativa de los lamparones atribuida a los Reyes de Francia" (*Cartas eruditas*, I, 25). Están también relacionadas con el tema de la educación del Príncipe las paradojas tercera y cuarta de sus "Paradojas políticas" (*Teatro crítico*, IV, 1).

(25) *Teatro crítico*, IV, 13, párr. 17.

curativa de los lamparones atribuida a los reyes de Francia. Poder milagroso de los reyes para sanar... ¡Estupendo mito para la pluma hecha lanza de Feijóo! Con ciertos dejos de humor refiere puntualmente el rito de estas curaciones carismáticas y registra la universalidad de la afirmación. También los reyes ingleses curan los lamparones y la "gota coral", y los mismos reyes españoles, según ciertos autores, no sólo sanan los lamparones, sino que extienden su virtud a la expulsión de demonios de los cuerpos de los energúmenos. Con indudable agudeza y buen sentido discute el hecho no cerrando todas las posibilidades de su aceptación. Pero esta vacilación prudente se ve con claridad que no responde a sus convicciones, y aunque no nos confiese aquí que le tientan las ganas de reír, se ve aflorar una sonrisa socarrona a sus labios. En una línea pedida deja caer sobre estos reyes taumaturgos un irónico calificativo que tiene en su pluma un terrible valor. Reyes curanderos... (26).

(26) Esta misma intención, encaminada a despojar las instituciones políticas de toda sanción sobrenatural, se manifiesta en su polémica sobre la Sagrada Ampolla de Reims con que se consagraba a los monarcas franceses (*Cartas eruditas*, I, 26). Aunque no puede negarse la razón que le acompaña en muchas de estas críticas, no puede menos de subrayarse también el peligroso efecto político que habían de producir a la larga, privando a las instituciones de la sanción sobrenatural con que se reafirmaban. Por lo demás, este afán de despojar la Historia, particularmente si es la historia de Francia, de todo elemento portentoso o sobrenatural degenera en una verdadera manía racionalista, que le lleva a hacer apreciaciones discutibles y a veces hasta de dudoso gusto. Inaceptables son, sin duda, ni aun a título de referencia de otros autores, las noticias maliciosas con que discute el crédito de la Doncella de Orleans (*Teatro crítico*, I, 16, párr. 44, y IV, 8, párr. 82). En parte, hay que atribuir estos excesos a su prejuicio contra la creencia común, que lo mismo le lleva a combatir la gloria excesivamente buena de Cristóbal Colón que la excesivamente mala del Papa Alejandro Borgia (*Teatro crítico*, IV, 8, párr. 39 y 40).

8. LA DECADENCIA DE ESPAÑA. COTEJO DE NACIONES
Y PASIÓN NACIONAL.

Junto a esta serie de motivos que acabamos de examinar, que giran alrededor del concepto de la política y la condenación del maquiavelismo, puede distinguirse otra serie de temas, muy deshecha por la misma naturaleza de la obra de Feijóo, pero, sin embargo, con una cierta unidad de propósito. En esta serie pueden comprenderse los ensayos que dedicó a estudiar las diferencias nacionales y la pasión nacional y aquellos otros que abordan temas concretos de la vida política referidos a su preocupación central de la decadencia española. La tesis que establece una unidad de pensamiento entre unos y otros estudios podría sintetizarse así: Los hombres y las naciones son iguales en cuanto a la esencia de su naturaleza; sólo hay entre ellos diferencias históricas. Hay, pues, que rechazar el pesimismo de una incapacidad española, porque *históricamente* aparezca España como una nación más atrasada en ciertos ámbitos de la cultura. Es sólo una diferencia *histórica* que en la Historia misma hay que enmendar atacando las causas de ese mal para recobrar el nivel que los españoles han perdido "por defecto de aplicación".

El "cotejo de naciones", como Feijóo llama al problema de las diferencias nacionales, es un tema que el beneditino toma también de la literatura del siglo precedente. En el siglo XVII había surgido como un tema vivo de favor progresivo la teoría de las diferencias naturales entre los pueblos. La doctrina está en evidente relación con la consolidación definitiva del que-

brantamiento de la unidad europea y expresa simplemente la conciencia de este fraccionamiento que ha dado al mundo occidental una fisonomía característica.

La posición de Feijóo frente a este tema, aunque expresa a veces con vacilaciones en los varios discursos en que insiste sobre él, revela, sin embargo, una convicción última. No hay por naturaleza diferencias en la calidad de ingenio y de ánimo de los distintos pueblos. No son de especie distinta los hombres que componen los distintos pueblos. Y el argumento en que Feijóo funda esta convicción es tan genuinamente hispánico como uno de los ejemplos históricos con que lo apoya: la igualdad de naturaleza de todos los hombres que reconocen un mismo Padre común, igualdad comprobada y practicada por los españoles en el descubrimiento y colonización de América. Todos los hombres son iguales por naturaleza y sólo se dan entre los pueblos diferencias históricas de desenvolvimiento y progreso.

Paralelo a este mismo problema y como una consecuencia de él aparece otro de los temas más discutidos de Feijóo. Consecuencia de la conciencia de estas diferencias nacionales y de las diferencias raciales a que el "error común" las atribuye, es la hipertrofia del amor a la Patria, que se transforma en un "afecto delincuyente", la pasión nacional. En Feijóo aparece así enlazado el viejo concepto romano del amor patrio a esa incipiente conciencia nacional y al nacionalismo que ha de ser su última evolución. Y Feijóo arremete con sus armas más hirientes a esta nueva deidad glorificada por el error común, que es la Patria inmoderadamente exaltada con "pasión nacional".

La técnica con que Feijóo combate esta nueva "dei-

dad imaginaria” es la misma que habitualmente le hemos visto aplicar. Ayudado de “la luz de la razón”, abre el proceso de los impulsos que animan aquellos corazones que parecen dispuestos a inmolarse como víctimas de esta falsa deidad. Y con desagradable delectación va descubriendo el más bajo egoísmo en los hechos históricos más simbólicos del amor nacional. ¿Qué queda, pues, de éste? Un afecto humano vulgar: el egoísmo como amor de la propia conveniencia. Y la vanidad que nos interesa en que nuestra nación se estime superior a todas porque a cada individuo toca parte de su aplauso. En esta posición radicalmente racionalista, Feijóo se inclina a aceptar que la uniformidad de idioma, religión y costumbres hace grato el comercio con los compatriotas y desapacible con los extraños. Pero si el hombre debe algo a la república de que es miembro no es porque nació en ella, sino porque compone su sociedad. De tal manera, dice extremando el argumento, que transferido a otro dominio distinto de aquel en que ha nacido, contrae respecto a él la misma obligación y debe mirar a esta república como su Patria. Aunque con reservas, está muy cerca de aquel “apoteagma de muchos sabios gentiles” para quienes “todo el mundo es Patria” (27).

(27) Pueden verse sobre estos temas sus discursos “Mapa intelectual y cotejo de naciones” y “Amor a la Patria y pasión nacional” (*Teatro crítico*, II, 15, y III, 10) y aquella de sus cartas eruditas en que considera “Si en las prendas del ingenio exceden unas naciones a otras” (*Cartas eruditas*, IV, 13). Otros varios discursos y cartas podrían relacionarse con este tema; muy sugestivo es aquel, por ejemplo, en que estudia comparativamente las lenguas francesa y española destacando el valor de la lengua como elemento de cohesión y diferenciación (*Teatro crítico*, I, 15): “Primero —dice Feijóo— se quita a un reino la libertad que el idioma. Aun cuando se cede a la fuerza de las armas, lo último que se conquista son lenguas y corazones.”

Poco simpática es, sin duda, esta dureza fría con que deshace en egoísmo y vanidad uno de los más nobles sentimientos, extremando esa implacable prevención de las pasiones míticas de la humanidad, y de intento hemos recogido estos pasajes para que no se crea que escamoteamos el pensamiento de Feijóo en sus caras no gratas. Y, sin embargo, ¿cómo no destacar la genial intuición del benedictino para acusar uno de los mitos políticos de más arrolladora fuerza y de más incontenible peligrosidad? (28). Todavía está muy lejano, cuando Feijóo escribe estas páginas, el siglo del racismo y el nacionalismo, pero Feijóo parece haber adivinado dónde terminaría la curva ascendente de aquella línea que empezaba a dibujarse. Por lo demás, del enlace de esos dos problemas que acabamos de analizar es de donde Feijóo va a derivar su actitud optimista, serena y combativa con relación al problema de la decadencia española. Falsa es la pasión nacional porque no hay diferencias entre los pueblos, porque no existen razas privilegiadas ni pueblos cuyas calidades de ánimo e ingenio sean superiores a los demás. Por consecuencia, tampoco hay pueblos que padezcan una inferioridad o una incapacidad natural. Todos los hombres son iguales por naturaleza. Sin parcialidades que ofuscan la serenidad de la crítica, sin "pasión nacional", hay que plantear el problema de las causas y remedios de la decadencia de España.

(28). Véase en contraste el estudio del Padre Messineo frente al mito nacionalista del siglo xx, "L'amore ed il servizio della nazione", en *Civiltà Cattolica*, 2164. Una glosa crítica de las ideas de Feijóo sobre este tema puede verse en Pérez de Ayala, *Política y toros*, 1918, páginas 35-63.

9. LA ESPAÑA GOTOSA DE FEIJÓO.

Muchas veces se ha advertido incluso para censurarlo, los amplios conocimientos del movimiento cultural extranjero que poseía el P. Feijóo. Pues bien, en estas asomadas al pensamiento universal había aprendido el benedictino lo que quizá otros ingenios tan vivos como el suyo no podían percibir por faltarles la información y la posibilidad del contraste. A saber: el desnivel notorio de nuestra evolución científica en ciertas ramas del conocimiento humano, especialmente en las disciplinas físicas y matemáticas, así como el concepto peyorativo que apoyándose en éste y otros hechos, había difundido sobre España en el mundo la ya madura leyenda negra. Los dos puntos aparecen expresamente estudiados por Feijóo en sus escritos. El primero de una manera general a lo largo de todas sus obras y más concretamente en un discurso que dedicó a estudiar las causas del atraso de las ciencias naturales en España; el segundo aparece con voz dolorida en cabeza de sus discursos sobre las "glorias de España", ¡como un error común que era preciso combatir! "Nuestra pereza o nuestra desgracia —dice— de un siglo a esta parte ha producido este injurioso concepto de la nación española; error que el debido afecto a la Patria me mueve a impugnar y es justo salga a este Teatro por tan común" (29).

(29) Los estudios claves sobre este problema de la decadencia de España, no por su valor intrínseco, sino por ser en ellos donde el hecho se aborda más directamente, son sus discursos sobre las "Glorias de España" (*Teatro crítico*, IV, 13 y 14) y su carta sobre las "Causas del atraso que se padece en España en orden a las ciencias naturales" (*Cartas eruditas*, II, 16). Mucho más interesantes son sus estudios sobre aspectos

Pero Feijóo no sólo sabe de la leyenda negra con que se infama a España, sino que tiene ante sí esta realidad histórica de la decadencia española. El mismo ha vivido ese triste siglo de desventuras políticas y militares, desde la iniciación de las campañas de Richelieu hasta el fin de la Guerra de Sucesión, que puede decirse que es el precipicio de nuestra decadencia o nuestra derrota. Por eso Feijóo, aunque cante las glorias de España, sabe bien que es lección de un siglo a otro siglo, pero que los españoles de su tiempo; aunque tienen igual "cuanto es parte de la naturaleza", por "defecto de aplicación" han desmerecido de aquella grandeza. Iguales son los hombres en cuanto a la esencia de su naturaleza, pero cambiantes en el curso de su destino histórico. Y aquella España que él vive y ama ignora las ciencias que están construyendo los pueblos que se adelantan a recoger el cetro de la cultura y la política europea, está empobrecida por largas y asoladoras guerras, por el menosprecio del trabajo, por el abandono de las fuentes de riqueza, por una despoblación creciente y por el vicio que corroe a sus más fundamentales instituciones. "El descuido de España lloro porque el descuido de España me duele —dice con una voz salida del corazón—. ¡Cuán diferente es este siglo de los pasados! ¡Gotosa está España! Los pobres pies de este reino padecen grandes do-

parciales del mismo problema que se indican en el texto a continuación. Conviene advertir frente a quienes consideran exageradas las diatribas de Feijóo contra el estado cultural de su época, que ya Saavedra Fajardo, en un pasaje recordado por Azorín, había subrayado el menosprecio y olvido de sus contemporáneos por aquellos ámbitos de la cultura que iban a regir la nueva época que se abre entre el XVII y el XVIII: "Las matemáticas —dice Saavedra— son aborrecidas y menospreciadas de todos y sus instrumentos sirven en las librerías, no al entretenimiento, sino a la vista y ornato..." (*República literaria*, ed. de Sanz, pág. 28 y sigs.).

lores, y de míseros, debilitados y afligidos ni pueden sustentarse a sí mismos ni sustentar el cuerpo...”

La pluma de Feijóo empieza a aproximarse a temas vivos de la España histórica que el benedictino vivió. Con ese mismo azar de temas que van saltando al correr de la pluma, que corresponde a la concepción general de la obra de Feijóo, van apareciendo en el *Teatro crítico* una serie de temas que tienen dentro de su variedad ese lazo común: crítica de las causas que han determinado la decadencia española y proyectos para remediarla. No hay un plan general y a veces las mismas primeras líneas que justifican el estudio del tema muestran su carácter ocasional. Un amigo le preguntó; alguien le consultó sobre un proyecto. Por eso no deben considerarse estos discursos como un ensayo que pretenda agotar el tema y ni siquiera como un examen de las causas fundamentales, sino más bien como una actitud general frente a un vario complejo de problemas. El mismo índice de éstos podría mostrar ese carácter asistemático y casi casual, aunque claro está que debemos aceptar que su atención se orientaría hacia los problemas que considerara fundamentales.

IO. INJUSTA Y RECTA NOBLEZA. EL ENALTECIMIENTO DEL TRABAJO.

Lo que pudiéramos llamar técnica de Feijóo apenas se desvía un punto en estos nuevos temas. Casi podríamos decir que en tantas reiteraciones va perdiendo vigor y degenerando en un amaneramiento de estilo. Feijóo nos va a denunciar una nueva especie de “idolatría política” y va a examinar para comba-

tirla las pasiones humanas que han creado ese culto idolátrico (30). El "culto a la nobleza", como error común, ha de tener su fuente en creencias y sentimientos vulgares. De una parte, en la vanidad; de otra, en la común preocupación por la herencia de la sangre, plasmada incluso en mil expresiones populares.

Pero bajo este molde teórico revienta aquí el juicio práctico histórico con un vigor inusitado. Porque este "culto a la nobleza" no es un vicio cualquiera, sino un vicio específico de la España de su tiempo. Los ejemplos no son ya sólo de otros tiempos o de países remotos. Como muestras de la adulación y la vanidad fundada en la prosapia, recuerda Feijóo la labor de un genealogista que emparentó al Duque de Lerma con Adán a través del rey de Troya y el peregrino Eneas; para mostrar la artificiosidad de ese falso culto Feijóo recogerá ese curioso mundo español de los hidalgos pobres y ociosos que tan acres pullas inspiraron a la pluma de D. Francisco de Quevedo.

Y a medida que desciende desde el problema teórico al juicio histórico, su diatriba se hace más violenta y acre. "En mi concepto —dice— el animal más contentible del mundo es un hombre que de nada sirve en el mundo; que sea rico, que sea pobre, que alto, que humilde, que noble, que plebeyo. ¿Qué caso puedo yo hacer de unos nobles fantasmones que nada hacen toda la vida, sino pasear calles, abultar corrillos y comer la hacienda que les dejaron sus mayores?" Quizá haya algo que discriminar en este juicio de Feijóo, incluso desde el punto de vista histórico, pero tenga presente

(30) Véanse sobre este tema sus discursos "Valor de la nobleza e influjo de la sangre" y "Honra y provecho de la agricultura" (*Teatro crítico*, IV, 2 y VIII, 12).

el lector que en aquella hora de España el trabajo era tacha de deshonor, y la nobleza heredada y no convalidada, mérito permanente y hasta título de exención de las cargas tributarias (31).

El tema se va, sin embargo, insensiblemente desviando desde la actitud crítica a una nueva posición reformadora que va a reiterar en muchos temas Feijóo. Las valoraciones en que se funda su crítica no tienen ya sólo el carácter de una posición de partida. A la nobleza de sangre Feijóo opone el honor de la virtud y el trabajo no sólo como un término de comparación, sino como una proyección positiva de reforma social. Y este programa de reforma social, que hoy puede parecer trivial porque es el aire mismo que respiramos, representa en su ambiente una verdadera revolución. Feijóo lo proclama con frases tan agudas y sentidas que alguien ha visto en estos pasajes las expresiones de un agitador social de nuestro tiempo (32). Dése honor a los hombres y a los oficios

(31) El texto de la Cédula de 18 de marzo de 1783 refleja tan expresivamente ese mundo de prejuicios sociales frente al trabajo que no nos resistimos a ofrecer parte de su texto: "tuvo a bien Su Magestad de declarar como se declara, que no sólo el oficio de curtidor, sino también las demás artes y oficios de herrero, sastre, zapatero, carpintero, y otros a este modo, son honestos y honrados; que el uso dellos no envilece la familia, ni la persona del que los ejerce, ni los inhabilita para obtener los empleos municipales de la república en que estén avecindados los artesanos o menestrales que los ejerciten; y que tampoco han de perjudicar las artes y oficios para el goce y prerrogativas de la hidalguía...". Las leyes 6 y 9, del título I, del libro IV del *Ordenamiento Real*, y la 2 y 3, tit. 6, y la 9, tit. 15, libro IV de la *Novísima recopilación*, proclamaban la "deshonra legal" de los oficios que llamaban "bajos, viles y mecánicos"; sobre los privilegios de la nobleza véanse, en cambio, el tit. II del libro VI de la *Novísima recopilación*.

(32) Concepción Arenal, lugar citado, pág. 410: "No se ha tomado bien la filiación del socialismo, que hoy no es nuevo, ni lo era en tiempo de Feijóo, cuyos pensamientos parecen a veces más bien fermentar bajo

en la medida que sirven a Dios y a la república. Y con el honor déseles la justicia de una retribución que les proporcione lo preciso para su sustento y abrigo. La pluma de Feijóo, inflamada por la justicia y la misericordia, traza unas páginas cuya belleza y vigor no puede suplir ningún comentario ni paráfrasis, para describirnos la miseria del pobre laborioso junto a la opulencia del noble ocioso. Con textos bíblicos y acentos que no desmerecen de los textos traza el paralelo de la justicia sobrenatural que ha de reparar esta injusticia humana. Bienaventurados los pobres y los hambrientos. ¡Ay de los ricos y de los hartos! Pero también bienaventurados los misericordiosos que se desprenden de sus riquezas para aliviar la condición del pobre.

Aunque Feijóo haya proyectado concretamente estas razones sobre el trabajo agrícola, por considerar la miseria del labrador y el abandono de la agricultura como una de las causas de la decadencia española, tienen, sin embargo, tanto en su sentido como en el valor general con que se proponen, un alcance más amplio: El tema, tan moderno y tan antiguo para el pensamiento cristiano del enaltecimiento del trabajo, que Feijóo deja abierto hasta nuestros días.

II. FEIJÓO REFORMADOR E INFLUENCIA DE SUS IDEAS.

Conforme avanza Feijóo su obra y crecen su crédito y sus relaciones políticas, se agolpan en su pluma

el gorro frigio del agitador popular que bajo la capilla del monje. En su celda pensaba y sentía en ocasiones como han pensado y sentido un siglo después los que en las plazas públicas excitaban las masas..."

los más varios temas de reforma política administrativa y social, que hemos de limitarnos a indicar someramente para no dar una extensión desmesurada a este estudio. Numerosos escritos dejó sobre reforma de los estudios y hasta sobre organización de la enseñanza que forman un cuerpo compacto, en que sigue muy de cerca el pensamiento de Vives, adicionado con observaciones personales deducidas de la experiencia de su magisterio; sobre la crisis y fomento de la agricultura española se extendió en escritos como el que hemos citado anteriormente y en otros en que llega a caer en medidas de verdadero arbitristo, que por cierto tuvieron un eco legislativo; también le preocuparon el problema demográfico de la despoblación española y la eterna cuestión de los vagos y mendigos; extensa y sentidamente estudió los vicios de la administración de justicia, que debían ser graves por la insistencia con que esta institución padeció la sátira de los escritores políticos del xvii; a propugnar la organización hereditaria de los oficios, por cierto en contraste con las ideas del siglo xviii, favorables a la libertad de trabajo, dedicó también unas páginas; la persecución del bandidaje, la erección de hospicios, la menor edad criminal y la abolición de la tortura fueron, por último, entre otros, objeto al par de su crítica y de su arbitristo reformista (33).

(33) Sobre reforma de los estudios véase: *Teatro crítico*, VII, 11, 12, 13, 14; VIII, 3; *Cartas eruditas*, II, 16, 23; III, 31, entre otros estudios. Sobre el problema agrario: *Teatro crítico*, VIII, 12 y 13. Sobre el problema demográfico y la vagancia y mendicidad: *Teatro crítico*, VI, 1, paradojas 8 y 9; VIII, 13; y *Cartas eruditas*, V, 12. Sobre administración de justicia: *Teatro crítico*, III, 11, y *Cartas eruditas*, III, 21. Sobre organización hereditaria de los oficios: *Teatro crítico*, VI, 1, paradoja 7. Y, por último, sobre persecución del bandidaje, erección de hospicios,

Hemos aludido en varias ocasiones a la influencia práctica que ejercieron estas ideas de Feijóo, y hora es ya de dar alguna indicación de hasta dónde se extendió su alcance. Millares dice que la obra del benedictino nos hace comprender mejor las causas del renacimiento cultural de nuestra Patria durante el reinado de Carlos III. En realidad, no fué sólo un revulsivo que agitara la inquietud intelectual de los españoles, sino que esta influencia se manifiesta, aunque ésta no sea quizá su más feliz consecuencia, en la continuidad de ciertos temas políticos y en ciertas medidas de reforma de algunas instituciones sociales o administrativas.

En cuanto a la reforma de la enseñanza, el criterio menos propicio a aceptar esta influencia de Feijóo habrá cuando menos de reconocer que hay un sugestivo paralelo histórico entre la obra del benedictino y la creación o refundición de nuestras instituciones de enseñanza, especialmente en aquellas materias cuya importancia y ausencia de nuestros centros culturales se había subrayado por aquél. Los colegios y escuelas de cirugía se establecen en España por doquier o se refunden sus estatutos para mejorar la organización de sus enseñanzas (1748 en Cádiz, 1764 en Barcelona, 1780 en Madrid); el Jardín Botánico de Farmacia, Química y Botánica crece al par que un Gabinete de Historia Natural (1776); se lleva el cultivo de las matemáticas a las escuelas militares de Avila y Ocaña, a los Colegios de Guardias Marinas y al Colegio de Artillería de Segovia (1764); la primera cátedra de

minoridad criminal y abolición de la tortura, véanse, respectivamente, *Cartas eruditas*, III, 23, 24; *Teatro crítico*, VI, 1, paradojas 5 y 10.

Química se fundará en 1787, y en el último tercio del siglo se dan varias medidas encaminadas a una reorganización general de la enseñanza universitaria.

Las medidas que Feijóo propone para fomento de la agricultura, enaltecimiento del trabajo y regeneración de la nobleza son quizá las que más influyen el pensamiento y la acción política de la generación de la segunda mitad del XVIII. De su crítica de la nobleza ociosa va a derivar la política que tiende a la abolición de los mayorazgos. Cabarrús, al criticar la nobleza y propugnar esta abolición, expresa pensamientos que parecen recogidos del discurso correspondiente de Feijóo (“valor de la nobleza e influjo de la sangre”). “¿Qué origen, sin embargo, tuvo un error tan grosero como universal? —escribe el Conde a Jovellanos—. La ignorancia más completa de la Física como de la Metafísica, la que hizo atribuir a la sangre virtudes de que no es susceptible...” (34). Y Jovellanos llevará estas mismas críticas a su discurso “Sobre el establecimiento de un Montepío para los nobles de la corte” a su “Informe sobre la ley Agraria” y hasta a sus dos sátiras a Arnesto. Las disposiciones legislativas que reflejan puntualmente las ideas de Feijóo se sucederán, aun sin aludir a sus efectos más remotos, en las leyes desvinculadoras. Así, en 1775 una Real Cédula recoge puntualmente el proyecto esbozado por Feijóo en su discurso “La ociosidad desterrada y la milicia socorrida”, disponiendo que los mendigos válidos y robustos se apliquen a los servicios de guerra y marina. Y en 1781 una nueva Cédula insiste sobre la idea apuntándola ya a la nobleza ociosa: “todos los nobles que sean aprehen-

(34) Cabarrús, *Cartas*, ed. Madrid, 1820, pág. 231.

didados por vagos y malentretidos (por estar entregados a la holgazanería y mendicidad) se destinarán al servicio de las armas en calidad de soldados distinguidos". Y más expresiva aun, y desde luego de mucha mayor importancia social, la disposición dictada en 8 de mayo de 1783 a instancias de la Sociedad Económica, que reconoce la nobleza de los oficios, facilitando la distinción de hidalguía a los que los ejercen y disponiendo sea considerado como tacha el abandono inexcusado de su ejercicio (35).

Sus consideraciones sobre la agricultura abren otro índice de problemas, en parte relacionados con el anterior, y su correspondiente serie de esfuerzos de reforma administrativa. Las Reales órdenes comunicadas al Consejo por la Secretaría de Hacienda en los años 1766 y 1767, a instancias de Campomanes, tan influido por Feijóo, y la de 15 de julio de 1788 sobre cercamiento de los terrenos dedicados a las labores

(35) Ver el *Extracto puntual de todas las pragmáticas, cédulas, provisiones, circulares, autos acordados y otras providencias publicadas en el reinado del S. D. Carlos III*, publicado por D. Santos Sánchez en 1789 (volumen II). La última disposición a que aludimos en el texto es la anteriormente citada en nota y fué consecuencia de un movimiento político literario fecundo en disertaciones sobre la "honra y deshonor legal" por designarlo con el título de la más notable de estas disertaciones, la de D. Antonio Xavier Pérez y López, publicada en 1781 (Madrid); es indudable que la raíz de este movimiento ha de referirse a Feijóo y su discurso sobre la "Honra y provecho de la agricultura". En la Ordenanza de Vagos, de 7 de marzo de 1775, llamada en su época "Ordenanza de levas", se reproduce literalmente el proyecto de Feijóo esbozado en su discurso "La ociosidad desterrada y la milicia socorrida"; esta Ordenanza tuvo una amplísima y eficaz aplicación: según el testimonio de Sempere, nada más que en la provincia de Granada se recogieron seis mil vagos para el Ejército. Sobre la historia de este problema y su extensión en el siglo XVIII véase: Sempere y Guarinos, *Policía de España acerca de los pobres, vagos y malentretidos*, en Biblioteca Española Económico-Política, tomo I, Madrid, 1801.

agrícolas, muestran dos diversas direcciones de esta preocupación por la defensa de la agricultura que el benedictino ha sembrado en España. El hito más conocido es el famoso informe sobre la ley Agraria que emite Jovellanos por encargo de la Sociedad Económica de Madrid. Ya el tema mismo mostraría este influjo, pero más curioso es aún notar que muchas de las ideas que Jovellanos desarrolla son las que había esbozado Feijóo (36).

Otros muchos aspectos podrían señalarse de influencia en el pensamiento y en la política legislativa de la época (37), pero queremos limitarnos únicamente a esos tres que hemos esbozado, porque no sólo fueron aquellos en que ejerció una influencia más positiva, sino que además esos tres temas, reforma de los estudios con especial intensificación de las ciencias físicas y matemáticas, enaltecimiento del trabajo y defensa de la agricultura, son aún tres temas vivos de la política española que nos ayudarán mejor a comprender el "tino intelectual" y la actualidad de Feijóo.

(36) Tales, por ejemplo, las ideas que Feijóo apunta y Jovellanos desarrolla sobre riegos e instrucción de los labradores. Como ya hemos dicho, es más laxa la relación que hay que establecer con la política desamortizadora, que también aparece propugnada por Jovellanos. Véase sobre este tema: Sempere y Guarinos, *Historia de los vínculos y mayorazgos*, 2.^a ed., 1874, Madrid, especialmente el capítulo XXVIII, página 122 y sigs.

(37) Campomanes, *Cartas político-económicas*, 1788 (publicadas por Rodríguez Villa en 1878), manifiesta esta influencia de Feijóo no sólo en la diatriba contra la nobleza de su Carta quinta (en especial, pág. 262), sino también en su estudio de los vicios de la administración de la justicia, en su Carta primera. Curioso es advertir como sello de esta influencia el empleo de términos tales como "vara de Astrea" (págs. 19-20 y 205) que tienen una indiscutible impronta feijoniana.

12. EL PADRE FEIJÓO Y EL SIGLO XVIII ESPAÑOL.

A nadie puede reprocharse la fecha en que nació o murió y, sin embargo, gran parte de la polémica alrededor de la obra de nuestro benedictino es muchas veces pura cuestión de fechas. Veinticuatro años tiene cuando comienza el siglo XVIII y en los dos primeros tercios de este siglo discurre lo más maduro de su vida. ¡Y cuánto ha pesado en los juicios sobre el P. Feijóo esta concreción temporal de su vida!

No es que su tiempo sea ajeno a su obra. No; él vivió profundamente las inquietudes y los afanes de su hora, hasta tal punto que no podríamos entenderlo ni valorizarlo sin este encaje histórico. Cuanto defiende y cuanto ataca —dice uno de sus críticos— nos hace comprender con mucha mayor claridad que la Historia lo que era la España del siglo XVIII. El maestro benedictino, podríamos añadir, fué siempre actual; apenas si miró al pasado ni al futuro sino para comprender u obrar con más ahinco en el presente. Y precisamente por eso el sambenito del siglo XVIII parece caer sobre sus hombros como si le estuviera hecho a la medida. Si él fué hombre de su tiempo, con su tiempo ha de ser juzgado.

Hay, sin embargo, en esta afirmación dos injustos errores. El primero la generalización de una unidad cronológica, el siglo XVIII, que no es tan simple como la facilidad de la expresión insinúa. Hay por lo menos dos claras etapas de pensamiento en el siglo XVIII (dejando al margen la distinción de las corrientes que se cruzan), y una es la de Feijóo y otra la de los enciclopedistas; los problemas que separan netamente a es-

tas dos generaciones son los aportados por Rousseau y Montesquieu cuando media el siglo. Pero hay también, y éste es el segundo e injusto error, muchas maneras de estar en un tiempo. No es posible juzgar a los hombres con su tiempo, sino con relación a su tiempo.

No debemos preguntarnos para enjuiciar a Feijóo qué fué el siglo XVIII, sino qué fué Feijóo en relación con su tiempo, con todo su tiempo, con el siglo XVII en que nació y cuya herencia hubo inevitablemente de recoger, y con el XVIII, que él vió nacer y al que dejó su pensamiento. Qué significó Feijóo en el ámbito de este compás histórico, ya lo hemos visto en las páginas precedentes. Su obra es el balance crítico de viejos y nuevos temas que separan dos épocas. Y el sino de Feijóo es el propio de toda crítica reformadora, cuyo riesgo está en que difícilmente se detiene en sus límites una vez que su acción destructiva ha sido puesta en movimiento. Si de Feijóo puede decirse, en términos generales, que rara vez desbordó la medida, cierto es también que no puede decirse lo mismo de quienes, sin precisión, se consideran como sus continuadores. Tal es el riesgo de la crítica que precede y acompaña a toda reforma; su tendencia a hipertrofiarse y convertirse en revolución. La Historia no nos regatea sus lecciones. De reformas necesarias han surgido las tres grandes revoluciones de que es heredera la angustia y la desorientación de nuestro tiempo: la revolución protestante, la revolución liberal y la revolución social. Sólo el tiempo puede darnos la serenidad necesaria para discriminar la reforma justa y el aluvión revolucionario; pero, aun contando con él, no es difícil que confundamos a los reformadores con revolucionarios. Porque en la primera de esas revoluciones no nos dejó

de su mano la Providencia y supimos definir reforma y revolución y fijar la diferencia en los cánones de Trento, nadie confunde a nuestros reformadores humanistas con revolucionarios, aunque un Vives fuera amigo devoto de Erasmo y toda una escuela teológica española afrontara con originalidad inquietante los temas más trascendentes. Pero en la revolución liberal nos falló ese destino providencial, y sin mucho tacto histórico es difícil discriminar revolucionarios y reformadores.

Ramiro de Maeztu, el pensador que ha tratado con más dureza la revolución española del siglo XVIII, fletando para ella y su herencia una rúbrica de ignominia, la "antipatria", es, sin embargo, el crítico que ha desvelado con más insistencia esta discriminación entre reforma y revolución para los españoles de aquel tiempo. "Mucho de lo que dijeron tenía que decirse", dice en un pasaje. "Mucho bueno hizo el siglo XVIII. Nadie lo discute", vuelve a insistir. "Es natural que tratáramos de cubrir nuestros defectos, porque los pueblos buscan su integridad espiritual, como si algún instinto superior inspirase a las naciones el pensamiento de Herder sobre la necesidad de equilibrio." "El hecho es que a mediados del siglo XVIII echamos de menos algo esencial en el espíritu nuestro... hacia 1750 nos persuadimos los españoles de que algo muy importante nos faltaba" (38). Pero falló el genio español a encauzar la reforma y al entrar en tropel las ideas extranjeras por las puertas que abrieron nuestros abue-

(38) Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*, 4.ª ed., págs. 26, 45 y 270 y sigs. Esa misma fecha, 1750, que Maeztu señala subraya la originalidad precursora de Feijóo, que inicia su campaña crítica cinco lustros antes.

los, lanzados por esos mundos en busca de lo que España no tenía y necesitaba, los primeros movimientos de reforma dejaron paso a la revolución.

¿Cómo poder precisar los matices de la reforma que se perdió en el aluvión revolucionario, si están tan fundidos los tiempos, las ideas y los hombres? Carlos III está reformando y revolucionando al mismo tiempo; el revolucionario Campomanes toma a veces palabras prestadas del reformador Feijóo para los trances más significativos de la revolución; el reformador Jovellanos, amigo de un Cabarrús y hasta cierto punto de un Campomanes, aparece fundido con los prohombres de la revolución. ¿Qué habría dicho Feijóo mismo si su vida se hubiera prolongado hasta principios del XIX? Quizá él mismo se sentiría abrumado por no poder distinguir la reforma que él intentó de la revolución que habían realizado quienes en cierta manera se presentan como sus continuadores. Pero hoy, ya casi a dos siglos de distancia, podemos medir los espacios de esa perspectiva y discernir y meditar la reforma, que, fundida a veces con la revolución, sembró Feijóo en la vida española del siglo XVIII.

13. FEIJÓO ANTE ESPAÑA.

Esta misma actitud crítica y reformadora que es tan esencial a su obra, que sin ella perdería su significación, nos sirve para calibrar más justamente la posición de Feijóo ante España. ¿Fue Feijóo, en realidad, un ingenio poco español, censor de lo propio y admirador de lo extraño? El que en esa tarea crítica se orientara fundamentalmente hacia los temas que afec-

taban al conocimiento experimental de la naturaleza, como aguijón para los ingenios españoles de su tiempo, quebrando así en cierta manera la tradición científica española y proponiendo a la admiración de sus contemporáneos ciencias surgidas en otros climas, y el que en esa tarea hubiera de recordar nombres como los de Newton, Galileo y Huygens y encomiar a Bacon, fundó ya en su tiempo esa aviesa leyenda, alimentada por el odio implacable de sus enemigos. "No acabo de admirar —decía Soto Marne— el violentísimo impulso que agita la pluma de V. R., tan en agravio de la literatura española." Y en cuanto a la novedad de su ciencia, el mismo Feijóo hubo de explicar por qué no consagraba sus desvelos al estudio de la Teología.

Innegable es esta actitud polémica de Feijóo, no sólo en ese campo de las ciencias matemáticas y naturales, sino, como hemos visto, en el mismo nuestro de su pensamiento político. Recordemos las condenaciones tajantes con que enjuicia toda la literatura política inmediatamente anterior y hasta, puestos a precisar matices, observemos también que, aun donde se había producido más en consonancia con su pensamiento la literatura política del XVII, ha de reafirmar su autoridad con una fuente extranjera. No deja de ser chocante que para la condenación de Maquiavelo, tema predilecto y casi cansado de puro repetido en el pensamiento español, cite a Bacon y exponga su doctrina como quien expone una novedad, o que al estudiar las diferencias nacionales ofrezca el cuadro de un oscuro autor alemán y silencie a Saavedra, a quien tiene, sin embargo, tan presente en el pensamiento que reproduce alguno de sus párrafos. Quizá fué snobismo, prurito de vanidad o simple despreocupación unida a una admira-

ción sin restricciones por ciertos pensadores extranjeros, ingleses sobre todo. Pero, sea lo que fuere, es indudable que este dato afea a veces su obra y le da un pique de extranjerización intelectual.

Y, con todo, no vacilamos en afirmar la sinceridad y sobre todo la espontaneidad de su patriotismo, porque éste se manifiesta un poco a contrapelo y casi contra su propia voluntad. Feijóo tiene el prejuicio racionalista de no enturbiar su crítica de parcialidades de Patria, partido o comunidad, llevado a ese extremo maniático a que llevó todos sus prejuicios intelectuales. Yo tengo para mí por seguro, y en esto estoy de acuerdo con Marañón, que nunca habría escrito sus discursos sobre las "glorias de España" sin el incidente con el Infante que los provocaron. No, no es ese amor de adulación fácil, que podrá ser respetable, porque un poco así es el amor de las madres, la vena del patriotismo de Feijóo. Su amor es aquel que ante una llaga no la disculpa ni la disimula, sino que no vacila en aplicar los remedios más ásperos para sanarla. Es ese amor, más verdadero y más difícil, que se niega a reconocer lozanía en lo corrompido y hermosura en lo deforme. A Feijóo no le gustaba España porque la amaba sin amor ciego, sino con ojos muy agudos para ver. Y no silencia su daño, sino que lo clama, para que lo tuerto se enderece y lo turbio se purifique.

Así fué el amor a España de Feijóo, mil veces más fecundo que las adulaciones tópicas de alguno de sus contemporáneos. Feijóo asistió al agotamiento del pensamiento clásico español, a los tratos para repartir España entre las potencias, a quince asoladores años de guerra civil y al desmembramiento de Gibraltar; en una palabra, a la consumación definitiva de la derrota o la

decadencia española. Si Feijóo adulara o cantara la perfección de la España de su tiempo, yo me negaría a considerarlo como un ingenio digno y sincero. Pero a Feijóo le "dolía" España, y de aquí la acritud con que denuncia la miseria y la mengua de la España que vivió.

14. EL IDEAL DEL PADRE FEIJÓO.

Digamos, para terminar, que Feijóo no fué un crítico continuador que depura lo existente para volver a recobrar una dirección y un nivel anterior, sino un crítico reformador que aspira a imprimir en el orden y el pensamiento un nuevo sentido. El último fundamento del pensamiento de Feijóo debe buscarse, como hemos indicado con reiteración, en el mismo pensamiento cristiano español, especialmente en su dimensión universalista (39), y vivísima es la huella de Juan Luis Vives en sus temas y hasta en la manera de tratarlos. Del tratado de *Concordia et discordia* puede derivarse su ideal de paz; el *De cura pauperum* influyó sin duda en sus temas sociales, y ¿quién no identifica como vivista su actitud ante el problema de renovación de las ciencias? Ahora bien, a este sedimento de sus lecturas españolas y de su formación eclesiástica sumó lo aprendido y asimilado en la literatura extranjera e imprimió sobre ambas formaciones el sello de una concepción personal de la vida, sin duda en contraste con el espí-

(39) Esta dimensión universalista de su pensamiento destacan en nuestros días Marañón (obra citada, pág. 46) y Montero Díaz, en su nota "A propósito de un libro de Marañón", en *Boletín de la Universidad de Santiago de Compostela*, núm. 23, enero-marzo 1935, pág. 214.

ritu misionero, militar y europeo de la España de los siglos precedentes.

No vamos a insistir en lo extraño que pudo asimilar, ni en las fuentes de que se sirvió, porque algo queda ya indicado sobre este punto y Feijóo nos lo refiere puntualmente en cada pasaje. Más bien nos interesa destacar ese sello de su idiosincrasia personal, del que quedó marcadísima huella en su pensamiento político. Y en esta idiosincrasia del benedictino distinguimos como primera faceta ingrata una frialdad intelectual, de la que participan esa extremada y maniática imparcialidad y ese prurito por deshacer toda emoción y todo afecto del que no quepa una explicación "racional". Pero junto a ésta hallamos esa otra faz más noble y simpática de Feijóo, que nos permite alinear, sin rubor, entre los clásicos de nuestro pensamiento. Y curioso es advertir que cuanto se adelanta a un primer término esta otra inspiración de su pluma se deshace aquella frialdad y se hincha su palabra de sentimiento.

Este noble ideal de Feijóo está encarnado en la vida sencilla que atesora su virtud sin asperezas ni apariencias ruidosas; en los espíritus mansos y misericordiosos que saben, sin embargo, mostrar los quilates de su alma en el toque de las grandes ocasiones. Delicioso, y valiosísimo para fijar este carácter, es aquel pasaje en que reprueba al santón que confunde el ceño y el escrúpulo con la virtud y nos ofrece como contraste al sabio, justo y discreto Tomás Moro, "abierto, dulce, urbano, festivo..., sin el menor resabio de austero", que fué, sin embargo, el mismo, maltratado que favorecido, prisionero de Estado que canciller de Inglaterra, el mismo en la cárcel que en el solio, pero que "en la adver-

idad hizo visible todo su corazón, del cual la mayor y mejor parte estaba antes oculta...” (40). ¿Se comprenden ahora las diatribas de Feijóo contra el “noble fantasmón”, el soberano “deificado”, el político ambicioso o el héroe injusto? Con delectación repite nuestro benedictino la enseñanza evangélica: *Beati mites, beati misericordes, beati pacifici*. Bienaventurados los mansos, los misericordiosos y los pacíficos. Y fué ese ideal de paz, de sencillez y misericordia el que encarnó en su vida y en su obra y hasta el que cualifica a veces la sencilla gracia de su estilo (41).

LUIS SÁNCHEZ AGESTA.

(40) *Teatro crítico*, IV, 1.

(41) El presente ensayo es un resumen parcial del prólogo del volumen dedicado al pensamiento político del P. Feijóo en la colección de la B. E. D. E. P., de próxima aparición. Allí pueden encontrarse documentadas y razonadas algunas afirmaciones que en este ensayo pueden parecer formuladas con ligereza.



NOTAS

